

**Leyre Andrés López**  
**Colegio Santa Ana (Huesca)**  
**ARAGÓN**



### **LA BRÚJULA DE LAS PALABRAS**

Por fin, al llegar la noche, me tumbé en la cama, encendí la luz de mi lamparita y tomé entre mis manos mi nuevo libro. Se llamaba “La brújula de las palabras”. Al abrir el libro, me llevé una gran sorpresa, pues no tenía páginas. Lo primero que encontré fue una extraña brújula. La abrí, llena de curiosidad, y de dentro salió una luz deslumbrante.

Cuando pude volver a abrir los ojos me percaté de que ya no me encontraba en mi habitación, sino en un lugar en el que nunca antes había estado. Era demasiado maravilloso para describirlo con palabras. Precisamente eso era lo más extraño. En ese mundo todo eran palabras. Se movían y se juntaban para formar frases. Había de todo tipo. Pronto me di cuenta de que no había ningún verbo... ni artículo. También faltaban las preposiciones y las conjunciones. Empecé a preguntarme el por qué. No pudiendo resistirme más, pregunté a un grupo de palabras que se habían juntado bajo un manzano. Juntas se ordenaron y formaron esta frase: “Tu brújula te guiará a lo que quieres encontrar”. Abrí de nuevo la brújula temiendo volver a mi habitación. No quería marcharme sin descubrir qué había pasado con todas esas palabras. Cuando leí lo que había dentro me enteré de lo que tenía que hacer. En cada punto cardinal estaba el nombre de cada tipo de palabra perdida. La aguja marcaba “verbo”. Seguro que si iba en esa dirección encontraría a esas pobres palabras.

Caminé durante media hora. Todo lo que había en ese mundo era sorprendente. Con cada paso que daba, me encontraba palabras que nunca antes había visto u oído. Algunas como “solidaridad” o “compañía” se ofrecieron a ayudarme y yo acepté de buen grado. Al final, llegamos a una gruta y entramos dentro con precaución. Allí había una red que impedía la salida de miles de verbos. Con esfuerzo y tiempo conseguí liberarlas. Salieron volando en estampida volviendo a saborear su libertad. Cada una se movía como podía. “Correr”, iba por tierra, “volar” iba por el aire y “nadar” se deslizaba por el riachuelo que había en una esquina. Algunas, pese a sus ganas de salir de allí, se pararon a agradecerme lo mucho que había esforzado por ellas.

Había completado parte de mi misión, pero esto aún no había terminado. Volví a mirar la brújula, ahora la aguja señalaba “conjunción”. Me di prisa en salir de aquella gruta, que me daba muy mala espina. Así, continué buscando al resto de palabras perdidas. A cada paso que daba me preguntaba quién podría ser tan malvado como para encerrar algo tan bonito como las palabras. Tras liberar a las conjunciones, me dirigí hacia el Oeste, es decir, las preposiciones.

Se encontraban en el mismo problema que el resto de palabras: encerradas en una red. La furia llegaba ya a cada punta de mi ser. Tenía que darme prisa para intentar pillar al secuestrador de las palabras antes de que encerrara a los artículos. Pedí a las preposiciones “desde” y “hasta” que me hicieran un puente desde esta gruta hasta la gruta del Norte. Me hicieron ese favor muy felices de poder ayudar. Pronto llegué a la gruta del Norte y vi a las palabras “tecnología” y “humanos” colocando la red. Estas dos palabras se habían vuelto gigantes y amenazadoras. En ese momento, me di cuenta de que nosotros, los humanos, con tanta tecnología ya no escribíamos sobre papel esas palabras, y que por eso las palabras que nos representaban las estaban encerrando. Pero tras reflexionar, caí en la cuenta de que de todos modos necesitábamos esas palabras y de que todavía había mucha gente a la que le gustaba escribir y leer en el mundo.

Me dispuse a hacerles recapacitar. Pronto lo comprendieron y ellas mismas liberaron a los artículos. El último grupo de las palabras perdidas empecé a verlo todo borroso y comprendí que el “libro” se había acabado.

Desperté con mi libro entre las manos. Allí estaba la brújula que me había hecho vivir esa aventura. Así era como me gustaba que fuesen los libros. Este libro sería uno de mis libros favoritos, desde luego. Porque mis libros favoritos son, sin duda, aquellos que me hacen vivir la historia que hay bajo sus palabras. Los que hacen que me emocione. Y este, claramente, lo había conseguido.